

Sue Grafton

KINSEY Y YO



Más de tres décadas después de que se publicara la primera novela protagonizada por Kinsey Millhone, cuando el «Alfabeto del Crimen» ha alcanzado un clamoroso éxito internacional, la investigadora privada se enfrenta a nueve casos que son auténticas joyas del género detectivesco. Impregnados por la vigorosa voz narrativa, el ingenio afiladísimo y las irreverentes observaciones que han cautivado a los lectores desde *A de adulterio*, estos relatos nos recuerdan el cambio sísmico que la irrupción de Millhone provocó en la novela policíaca: las mujeres dejaron de ser meras comparsas para convertirse en protagonistas con carácter y opiniones propias. Como colofón, se le añaden trece relatos breves protagonizados por Kit Blue, una versión más joven de la propia Sue Grafton, en los que la escritora encara su pasado con emotividad: el resultado es un viaje a su infancia en el seno de una familia problemática, marcada por el alcoholismo de la madre, en un ejercicio autobiográfico que pocos autores han acometido.

Para Ivan, Marian y Molly:
con admiración, agradecimiento y afecto

Prólogo

Los relatos cortos de intriga constituyen auténticos prodigios de inventiva. El escritor trabaja sobre un pequeño lienzo, perfilando las palabras con un pincel finísimo. En unas veinte páginas manuscritas debe establecer la acreditación y la personalidad del detective (Kinsey Millhone en este caso), así como el escenario y el periodo en que transcurre la acción. Normalmente se comete un asesinato, o alguien desaparece y su desaparición resulta alarmante. Delitos menores como los distintos tipos de robo, la malversación de fondos o el fraude pueden proporcionar la chispa que desencadena el argumento, pero, por lo general, el asesinato es el pegamento que mantiene todas las piezas en su sitio.

En pocas palabras, el escritor debe exponer la naturaleza del delito e introducir a dos o tres sospechosos posibles (o «personas de interés policial», como se los suele describir en la actualidad). Mediante unos cuantos trazos ciertos, el autor también debe crear suspense y generar un mínimo de acción mientras muestra cómo organiza el detective la investigación y establece una hipótesis de trabajo, que luego será preciso comprobar. Los toques de humor realzan la mezcla, aligeran el tono y proporcionan al lector un alivio momentáneo de las tensiones implícitas en el proceso. Por último, la resolución siempre tiene que satisfacer las condiciones planteadas al inicio del relato.

Si bien el autor de novelas de intriga dispone de un buen número de páginas para desarrollar subtramas y personajes secundarios, así como del tiempo suficiente para

describir en detalle la vida privada del protagonista, en un relato tales prerrogativas están prohibidas. Es posible encontrar pistas disimuladas hábilmente y señales de tráfico que conduzcan al lector en la dirección equivocada, pero reducidas al mínimo.

El relato criminal, el relato de intriga y el relato policiaco son narraciones similares que se diferencian en lo siguiente: un relato criminal describe la planificación, la comisión y las secuelas de un delito sin introducir elementos de intriga. Se invita al lector a participar en el viaje como testigo de los acontecimientos, y siempre se lo mantiene al tanto de lo que sucede. En él, el lector actúa como un *voyeur*: se ve envuelto en la acción y está al corriente de sus recompensas o de sus consecuencias. El relato de intriga, por su parte, propone un rompecabezas cuya pieza central es un delito, pero no se basa en los razonamientos de un detective para conducir la trama hacia sus conclusiones. Es el propio lector quien desempeña este papel, observando, analizando y deduciendo a partir de las sugerentes premisas planteadas por el autor.

El relato policiaco se rige por un conjunto de leyes particulares, muchas de las cuales fueron apuntadas por S.S. Van Dine en un ensayo sobre el tema escrito en 1928. No todas las restricciones continúan vigentes en la actualidad, pero muchas de las reglas del juego son tan importantes hoy como lo eran entonces. Para empezar, en un relato policiaco siempre debe aparecer un investigador, y, por definición, el investigador debe investigar. Resulta esencial mantener informado al lector sobre todos los datos que vaya descubriendo el detective en el curso de una investigación. Jugar limpio es fundamental. Las pistas tienen que presentarse de forma clara, aunque no es necesario explicar con detalle todos los saltos mentales del investigador. El culpable debe ser un ente visible en el cuerpo del relato. En otras palabras, el asesino no puede surgir de la nada en el último párrafo.

En términos generales, el asesino no puede ser ni un maniaco ni un psicópata frío como el hielo que actúen sin un plan racional. La razón de ser de un relato de intriga es adivinar quién es el culpable, y este «quién» tiene que ser un personaje visible, aunque sus métodos no resulten demasiado obvios. El asesino no puede ser un sicario que actúe movido exclusivamente por motivos económicos y que, por consiguiente, ni siquiera conozca a su víctima. El asesinato debe guardar relación con las circunstancias pasadas o presentes de la víctima.

En las narraciones en primera persona el detective no puede desempeñar también el papel de asesino porque, de hacerlo, socavaría la confianza indispensable que debe existir entre el autor y el lector. Se supone que el «yo» que cuenta la historia lo revela todo; no puede narrar acontecimientos objetivos mientras evita hábilmente mencionar su complicidad. La solución al rompecabezas, así como la explicación del crimen, tienen que ser naturales y lógicas. Nada de fantasmas, de tableros de ouija ni de intervenciones divinas. Hay otros axiomas menos importantes, y, si tenéis curiosidad, podéis buscarlos en internet al igual que he hecho yo. Todos estos principios convierten el relato policiaco en un auténtico desafío. Los mejores autores son maestros del género y prestidigitadores expertos, capaces de ejecutar sus trucos de magia literarios con tanta elegancia y delicadeza que hacen parecer real cualquier ilusión.

A mi entender, el relato de intriga resulta atractivo por dos razones: en primer lugar, me permite utilizar ideas ingeniosas, pero demasiado peculiares o intrascendentes para basar en ellas la trayectoria extendida de una novela. Y, en segundo lugar, puedo acabar un manuscrito en dos semanas, a diferencia de la gestación y el parto más prolongados que requiere una novela. El relato me permite cambiar de marcha. Como una invitación a salir a jugar a la calle, las narraciones breves suponen un cambio de ritmo reconfortante.

Los relatos protagonizados por Kinsey Millhone que constituyen la primera parte de este libro aparecieron en diversas revistas y antologías de ficción policíaca a lo largo de un periodo de cinco años, iniciado en 1986. La única excepción, el cuento titulado «El juego de las mentiras», lo escribí como respuesta a la invitación de la empresa de prendas de vestir Lands' End para presentar un relato destinado al catálogo de su cuadragésimo aniversario. Por regla general no suelo aceptar encargos y soy incapaz de idear una narración de esas características aunque sea como respuesta a la más amable de las peticiones, pero en aquella ocasión Roz Chast y Garrison Keillor habían aceptado colaborar. Dejando a un lado mi gran admiración por ambos humoristas, había algo en aquella mezcla de personalidades y estilos literarios que sedujo a mi lado oscuro. Me fui derecha a un catálogo de Lands' End y lo hojeé en busca de una prenda poseedora de ese toque mágico que pudiera llamarme la atención. Al llegar a la sección de prendas exteriores, nada más leer la descripción de la parka Squall supe que había encontrado mi fuente de inspiración. En 1991 todos estos relatos, con la excepción de «El juego de las mentiras», fueron compilados en una colección titulada *Kinsey y yo* que mi marido, Stephen Humphrey, publicó de forma privada a través de su empresa, Bench Press. La tirada constó de trescientos ejemplares en tapa dura, que numeré y firmé, y de veintiséis ejemplares encuadernados a mano que identifiqué con letras y firmé. Algunos se vendieron, y otros se repartieron como regalo a familiares y amigos.

Escribí los relatos que integran la segunda parte del libro en los diez años posteriores a la muerte de mi madre. Hoy, casi cincuenta años después, me sigue costando sacar a la luz aquel periodo de mi vida tan caótico y confuso. En retrospectiva, veo que avanzaba dando bandazos sin rumbo y que al intentar salvarme hice daño a otras personas, algo que lamento profundamente. Ahora desearía haber si-

do más generosa, más amable, menos egocéntrica y, sin duda, menos irresponsable de lo que fui. La madurez me habría sido de gran ayuda, pero no la alcancé hasta varios años más tarde. Increíblemente, esas mismas tribulaciones me proporcionaron tres hijos maravillosos, un marido al que adoro y cuatro nietas, cuya energía y bondad llenan mi vida de luz. Tengo también la fortuna de contar con amigos que me han animado a escribir estos relatos con más generosidad y comprensión de las que suelo concederme a mí misma.

Ojalá pudiéramos revisar la vida con la misma destreza con la que revisamos la prosa. Sería estupendo volver atrás para escribir una historia mejor, y poder corregir mis debilidades y mis locuras a la luz de lo que sé ahora. Sin embargo, he observado que cualquier intento de recortar la materia oscura se lleva parte de lo bueno que también se ocultaba entre la porquería. El pasado es un todo, y no creo que sea posible contar la verdad a medias. La sabiduría tiene un precio, y yo he pagado muy cara la mía.

Primera parte: Kinsey

Introducción

Kinsey Millhone entró en mi vida como una aparición hacia 1977. Por aquel entonces yo vivía en Columbus, Ohio, y escribía guiones de películas para la televisión mientras mi marido asistía a un curso de doctorado en la Universidad Estatal de Ohio. Kinsey llegó gradualmente, y se fue introduciendo en mi subconsciente con la astucia de un gato callejero que supo mucho antes que yo que permanecería a mi lado para siempre. Primero elegí su nombre. Me fijé en «Kinsey» en un ejemplar de *The Hollywood Reporter*, en la columna que anunciaba los nacimientos. Una pareja de Hollywood había bautizado Kinsey a su hija recién nacida, y el nombre me llamó la atención. «Millhone» se debió probablemente a un recorrido con el dedo por el listín telefónico o a un proceso de emparejamiento azaroso, consistente en combinar diversos ritmos y sílabas hasta encontrar un apellido que me gustara.

Cabe señalar que las novelas están ambientadas en la década de 1980 debido a la decisión que tomé entonces de hacer envejecer a Kinsey un año por cada dos libros y medio. En *A de adulterio* tiene treinta y dos años. Treinta años después, en *V de venganza*, ha cumplido los treinta y ocho. Sólo me quedaba otra opción: hacerla envejecer un año por libro, lo que significaría que, si la acción progresaba en tiempo real, Kinsey sería ahora una mujer de mediana edad y menos dispuesta a vivir de forma tan despreocupada. Dado que su vida va avanzando a un ritmo tan pausado, yo me he visto atrapada en una especie de distorsión temporal. Una consecuencia obvia de esta misma decisión

es que Kinsey no puede contar con muchos de los avances tecnológicos en las ciencias forenses que abundan en la actualidad, por no mencionar las recientes innovaciones en el campo de las comunicaciones. En aquellos años aún no existían teléfonos móviles ni internet, y apenas se realizaban pruebas de ADN. Todo esto significa que Kinsey se ve obligada a investigar a la antigua, lo que se adapta mejor a su estilo personal y a las necesidades de la narración.

Desde un principio pensé en escribir obras protagonizadas por el típico detective *hard-boiled*, «duro de pelar», porque así eran los libros que leí mientras crecía. Mi padre, C.W. Grafton, trabajó de abogado municipal toda su vida, pero también escribió y publicó tres novelas de intriga: *The Rat Began to Gnaw the Rope* [La rata empezó a roer la cuerda], *The Rope Began to Hang the Butcher* [La cuerda empezó a ahorcar al carnicero] y *Beyond a Reasonable Doubt* [Más allá de toda duda razonable]. Gracias a él desarrollé una auténtica pasión por el género. Decidí que mis novelas tendrían una protagonista femenina porque soy mujer (¡menuda revelación!, ¿verdad?) y supuse que éste sería un campo que sin duda dominaría. Cuando empecé a concebir *A de adulterio* ni siquiera estaba demasiado segura de lo que hacían los detectives privados. Mientras escribía aquel primer libro inicié la larga (e ininterrumpida) tarea de informarme. Leí textos sobre medicina forense, toxicología, atracos y robos, asesinatos, incendios provocados, anatomía y plantas tóxicas, entre otros muchos temas. Mi biblioteca personal ha aumentado considerablemente desde que empecé a escribir sobre Kinsey, y ahora cuento con una auténtica mina de información al alcance de la mano.

Narro casos inventados, aunque algunos están inspirados en detalles extraídos de la sección de sucesos de mi periódico local, del que recorto noticias casi a diario. Me gusta observar el lado oscuro de la naturaleza humana, e intentar comprender qué lleva a la gente a matarse entre sí en lugar de ir al psicólogo. En el fondo soy una persona

muy respetuosa de la ley, y detesto que los asesinatos queden impunes. Para mi satisfacción, en las novelas de intriga se suele hacer justicia.

Kinsey es mi *alter ego*, la persona que podría haber sido de no haberme casado y haber tenido hijos tan joven. El Volkswagen del 68 que conducía (hasta *G de guardaespaldas*) fue un coche que tuve yo hará algunos años. En *H de homicidio*, Kinsey compra el Volkswagen de 1974 que permaneció aparcado frente a mi casa hasta que lo doné para la rifa benéfica de un grupo de teatro local. La afortunada poseedora del boleto ganador se hizo con el coche por diez dólares. Era de color azul claro, con una pequeña abolladura en el guardabarros izquierdo trasero. No me importó que Kinsey lo usara, pero, teniendo en cuenta su historial como conductora, me negué a añadirla a mi seguro.

Dado que Kinsey sólo puede saber lo que yo sé, su presencia en mi vida resulta estimulante porque me obliga a investigar muchísimo, y eso me permite, en esencia, vivir dos vidas: la suya y la mía. Gracias a ella he asistido a un curso de defensa personal dirigido a mujeres, así como a un curso de derecho penal. También he conocido a médicos, abogados, detectives privados, policías, forenses y expertos de toda clase. Poseo sus dos pistolas y, de hecho, aprendí a disparar para saber lo que se siente al hacerlo. También soy la propietaria del vestido multiusos al que Kinsey se refiere a menudo en las novelas. Al igual que ella, me he casado y me he divorciado dos veces (aunque actualmente estoy casada con mi tercer marido y pienso continuar estándolo toda la vida). El proceso de escribir va dando forma tanto a su vida como a la mía.

Si bien nuestras biografías difieren, nuestro enfoque vital es el mismo. Como he dicho en otras ocasiones, creo que somos un alma con dos cuerpos, y ella ha conseguido el bueno. Los detalles acerca de su vida suelen ocurrírseme en el mismo momento de escribir. A menudo tengo la impresión de que me observa por encima del hombro y me

susurra alguna cosa al oído, me da un ligero codazo y hace comentarios subidos de tono. De ella proviene el humor, así como las observaciones ácidas y la ternura que se cuela a veces en la narración. Kinsey es un ser maravilloso de cuya creación sólo puedo atribuirme un mérito parcial, aunque probablemente ella se atribuye todo el mérito de lo bueno que pueda haber en mí. Me divierte pensar que he inventado a un personaje que ha acabado manteniéndome, y estoy segura de que a ella le divierte saber que seguirá viva mucho después de que yo me haya ido. Confío en que disfrutéis de su compañía tanto como he disfrutado yo.

Entre las sábanas

Miré con los ojos entornados a la mujer que estaba sentada al otro lado de mi escritorio. Hubiera jurado que acababa de decirme que había un hombre muerto en la cama de su hija, lo que parecía un comentario muy raro, sobre todo porque iba acompañado de una sonrisa agradable y un tono de voz cuidadosamente modulado. Puede que la hubiera entendido mal.

Eran las nueve de la mañana de un día cualquiera. Confieso que tenía resaca, algo poco frecuente en mi vida. No bebo demasiado ni lo hago a menudo, pero la noche anterior había asistido a la fiesta de cumpleaños de mi casero, Henry Pitts, que acababa de cumplir ochenta y dos años. Todo indicaba que la celebración se había desmadrado porque ahí estaba yo, embotada y ligeramente mareada, intentando parecer una detective privada particularmente lista y capaz, que es lo que soy cuando me encuentro bien.

Me llamo Kinsey Millhone. Tengo treinta y dos años, estoy divorciada y soy investigadora privada provista de licencia. Tengo una pequeña agencia en una ciudad situada a ciento cincuenta kilómetros al norte de Los Ángeles. Aquella mujer me había dicho que se llamaba Emily Culpepper, y al menos eso tenía sentido. Era muy menuda, una de esas mujeres a las que, horror de horrores, se las considera «monas» a cualquier edad. Tenía el pelo corto y oscuro, una expresión dulce y toda la pinta de ser la perfecta ama de casa burguesa. Llevaba una blusa azul claro con cuello Peter Pan, un jersey de lana Shetland color malva adornado con un fino ribete en la parte delantera, una falda de *tweed* co-

lor malva, medias y bailarinas con un poco de tacón. Supuse que tendría mi edad, aproximadamente.

Alargué el brazo para tomar el bloc de notas y un lápiz, como si quisiera prepararme para apuntar datos importantes.

—Discúlpeme, señora Culpepper, pero ¿le importaría repetir lo que acaba de decir?

La sonrisa agradable se le heló en los labios y se inclinó hacia delante.

—¿Me está grabando? —preguntó alarmada—. Me refiero a que si lo que diga podrá usarse contra mí en un juicio.

—Sólo intento entender de qué está hablando —respondí—. Creo que acaba de decirme que hay un hombre muerto en la cama de su hija. ¿Es eso lo que ha dicho?

La señora Culpepper asintió con expresión solemne, mirándome con los ojos muy abiertos.

Anoté: «Hombre muerto en la cama de su hija», pero no sabía muy bien qué más preguntarle. Cuando oyes algo así, te vienen a la cabeza montones de preguntas.

—¿Conocía a ese hombre?

—Sí, claro que lo conocía. Se llamaba Gerald —respondió.

Apunté el nombre.

—¿Su marido?

—Mi amante —respondió—. Estoy divorciada.

—¿Y dónde está su hija ahora?

—Con él. Con mi marido. Pero probablemente ya esté de camino a casa. La verdad es que mi marido no debería llevársela entre semana, lo pone en los papeles del divorcio, pero ha pasado una temporada fuera de la ciudad y, por esta vez, se lo he permitido. Creo que he hecho bien.

—Seguro que sí —contesté, esperando tranquilizarla al menos sobre este particular—. ¿Y cuándo ha encontrado... —repequé mis notas— a Gerald?